

LA LISTA

(relato)

Recibí una larga lista de mis hijos, constancia que querían dejar ante mis ojos, para evitar ese –no es cierto, no puede ser verdad- que yo les contestaba cada vez que me decían en tono de burla y a veces molestos, mamá mira lo que has hecho ahora. Por lo que humildemente agacho la cabeza, para aceptar de una vez por toda, mis despistes. Entre la larga lista, hubo un par de cosas que hasta hoy no puedo creer.-teléfono celular dentro del friser--gafas de lectura dentro del refrigerador--pen drive en la bolsa de la basura--cigarros y encendedor en el botiquín del baño-Leyendo y haciendo memoria, no hacen más que decir la verdad. Pero todo tiene una explicación. Lo de dejar cosas dentro del refrigerador es porque las llevo en la mano al momento de abrirlo, de seguro para sacar algo, dejo lo que llevo en la mano dentro de este, luego se me olvida allí dentro. Sé que mi celular se congeló, pues lo dejé dentro del friser un día entero y a pesar de llamarme por otro teléfono, única forma de ubicar el mío, este no sonaba, lo encontró mi hijo cuando fue a sacar el helado para el postre, mi pobre teléfono estaba helado y sin sonido, creí lo tendría que dar de baja, aún funciona, como fiel amigo mío. Cosa parecida me pasa con mis gafas, que como son sólo para leer, las dejo siempre en lugares inconcebibles y luego ando rogando por las habitaciones de mis hijos para que me ayuden a encontrarlas. Mi pen drive, lo boté a la basura un día que lo recogí junto a otras cosas que si irían definitivamente fuera de esta casa junto a todo lo que ya no sirve, ¿cómo fue a dar al mismo lugar de los desperdicios? Voladuras mías, no lo discuto. Y mis cigarrillos, ya no digo nada, esos aparecen y desaparecen con una facilidad de magia, creo caminan solos, son traviesos, se pierden y se encuentran conmigo, mil veces durante el día... Pero lo de hoy, no tiene nombre, pues iba manejando camino a mis clases de yoga, me sonó el celular en el momento que pasaba por mi lado en auto de los policías, al verme, se detuvieron delante de mi, me hicieron parar y bajar la ventanilla y me pidieron los documentos, como llevaba el teléfono en la mano, en un acto de total desconcentración, le dije al policía, -ya bueno, se los entrego enseguida, ¿me sujeta el teléfono por favor?- y estiré la mano para que lo tomara mientras abría la cajuela donde están todos los papeles. Unos minutos demoró nada más el policía en decirme –señora, le están hablando por aquí, y ya sabe no puede hacer eso mientras conduce un automóvil- así me devolvía el celular que sin darme cuenta le encajé en sus manos enguantadas de cuero blanco, parado frente a mi, no veía sus ojos sino una estampa perfecta, derecha, inmóvil frente a tal imprudente acto de mi parte. No pude aguantar la risa, no pude. Me agaché para mirarle la cara, verle los ojos, menos mal que el policía tuvo el atisbo del sentido del humor y terminó dándome un sermón donde apenas podía sujetar la sonrisa que le tenía tentado a reírse junto conmigo. No me dio ningún castigo, sólo me dijo que por favor pusiera más atención a los reglamentos del tránsito. Me fui más contenta de lo que iba, no pude borrar la sonrisa de mi boca, ni la cara de ese policía, pensé enseguida: otro caso más que agregar a la lista que me han hecho mis hijos. Nací despistada, no creo que pueda cambiar, por más que lo intente.

(Freya) Abril 14 del 2008

SILENCIOS INCONGRUENTES (brevísimo)

Me escribió una carta en donde decía: -te estoy queriendo más que a mi vida. Le respondí atorada de la emoción : -yo te he amado siempre. Supe después de un tiempo, al no recibir una respuesta suya, que se había quedado ciego del corazón

LA MUERTE ES FRÍA

Sentí me daban golpecitos suaves en el hombro y me decían en un susurro casi imperceptible -ya señora, se ha muerto, puede retirarse de la sala- pero no me di cuenta que esas palabras iban dirigidas a mí. Yo tenía frente a mí, un cuerpo relajado, metido dentro de un sueño profundo, los párpados cerraban unos ojos tranquilos, nada mostraba en ese rostro una señal de dolor o sufrimiento y su pecho subía y bajaba en una respiración normal. Era como si durmiera nada más pero lejos de su rumbo, en una cama que no era la suya, en un lugar que no era su casa. Me sacudían la conciencia las palabras del médico jefe que media hora atrás me había dicho sin blanduras ni caricias envolventes para suavizar los hechos -se va a morir en un par de horas- aunque le creí, no lo pude asimilar. La máquina que medía las pulsaciones del corazón, había largado su último pitazo hacía ya un par de minutos. Yo miraba todo ese andamiaje puesto alrededor de él, como un misterioso edificio construido en cinco segundos. Me habían puesto una pastilla bajo la lengua y asumí mi tranquilidad al efecto que esta estaba dejando en mí. Me di vuelta para mirar a quien me tomaba ya del hombro para retirarme forzosamente del lugar. Argüí -¿cómo va

a estar muerto si aún respira?- y con esa facilidad que tienen los médicos de las urgencias, me respondió prescindiendo de toda delicadeza -está muerto señora, sólo que sigue conectado al respirador artificial, debe salir ahora de la sala- Así me enteré había muerto el que fue el compañero de mi vida, el padre de mis hijos, el ser con el que compartimos tantas buenas, tantas malas, mil cosas se arremolinaron de pronto por mi cabeza. Me preguntaba a mi misma -¿esta es la muerte?- sin poder responderme nada. No sé porque no sentía pena, ni lloraba, ni gritaba como se supone debía hacerlo. Estaba pasando al estado de “mujer viuda”, sola, acabada en la esencia de señora de...sin embargo no sentía nada, ahí supe lo que era estar vacía. Veía los abrazos sin sentirlos en mi cuerpo, el llanto de quienes me rodeaban, los ojos atónitos de mis amigas y mi hijo que me arrastraba para que pudiera poner un pie delante del otro y moverme de ese sitio. No lloré ni pude hacerlo en todo el día. La vertiginosa actividad que me envolvió, me hizo sentir que respiraba en un mundo ajeno, que si bien lo estaba viviendo, lo miraba desde fuera. Era yo y al mismo tiempo no lo era. Ahora entiendo porque la muerte es fría, a mí se me enfrió hasta el pensamiento ese día.

(Freya)Abril 14 del 2008